

**Entrevista con Francisco A. Lomelí,
Profesor del Departamento de Estudios Chicanos
(Universidad de California, Santa Bárbara.)**

Julio Cañero (Instituto Franklin-UAH)

Juan F. Elices (Universidad de Alcalá)

Esta entrevista se celebró en el País Vasco durante la celebración de la II Conferencia Internacional sobre Estudios Chicanos en el 26 de marzo de 2000.

J.C.S.: La primera pregunta es un poco tradicional. Nos gustaría que nos dieras una visión general acerca del estado actual de la literatura chicana y tu opinión sobre si la crítica especializada está teniendo en cuenta el gran impacto que esta literatura está albergando en nuestros días.

F.A.L.: Acerca de la primera parte de la pregunta, parece que el estado actual de la literatura chicana es muy saludable, y sin llegar a catalogarlo de magnífico, sí podemos afirmar que ha tenido un impacto que ni nosotros nos imaginábamos hace treinta años, momento en el que podíamos pensar que el carácter de esta literatura tendería a ser más local o incluso regional, y tal vez sólo de “intra-group”. Sin embargo, ahora ha trascendido, ha salido de los diferentes barrios, comunidades, y estados, e, incluso, ha superado el regionalismo del Suroeste norteamericano, por lo que no sólo se ha convertido en parte integrante de la literatura nacional sino del concierto literario internacional. Por lo tanto, se puede asegurar que la literatura chicana se encuentra en un estado muy saludable, en el que se puede apreciar mayor y mayor diversificación, más y más variedad en términos de producción y temática. Podemos concluir, pues, que la trayectoria de la literatura chicana no es sólo interesante por la temática de sus obras sino también por su componente lingüístico, y, sobre todo, porque nos ofrece un retrato de realidades norteamericanas que anteriormente eran prácticamente desconocidas para el mundo no-chicano. Por lo tanto, parece que lo que antes era sombra ahora se ha convertido en luz y protagonismo. Dicho de otra forma, la parte creativa, y la crítica que la acompaña, se ha superado mucho más allá de la protesta y de la manifestación política que predominaban en los años sesenta y setenta, llegando a explorar y profundizar en asuntos particulares a chicanos mismos, pero que delatan condiciones generales del

mundo norteamericano. A través de la literatura chicana, y en parte debido a otras expresiones latinas en EE.UU., se ha llegado a conocer un mundo de experiencia social e imaginaria que antes no aparecían en las páginas literarias de ese país.

J.C.S.: ¿Y con respecto a la crítica literaria? ¿Ha sido capaz la literatura chicana de trascender no sólo al mundo anglo norteamericano sino al mundo internacional y en qué medida?

F.A.L.: Sin ninguna duda, la crítica misma ha evolucionado en gran medida, por lo que podemos hablar de una disciplina cada vez más sofisticada. Se han recogido y retomado teorías—por ejemplo, postmodernas—que nunca antes nos hubiéramos imaginado, hemos tenido la posibilidad de establecer contactos con otros países y otras teorías, por lo que hemos sido capaces de salir del “grupo.” Todos estos factores han contribuido a enriquecer este ambiente teórico en cuanto a planteamientos y aproximaciones. Es por ello que la literatura chicana se va conociendo de una manera más extensa y profunda porque viene del pueblo en vez de ser de las pléyades literarias. Estamos viendo continuamente cómo hay diferentes acercamientos que tratan lo histórico, lo teórico, cuestiones de género y lingüística. Vemos, por tanto, cómo la crítica chicana cubre todos los ámbitos de la teoría literaria, sobre todo post-colonial, y este hecho se percibe no sólo entre los críticos chicanos sino también entre estudiosos que no pertenecen directamente a estos círculos.

Uno de los mejores barómetros para evaluar la marcha de la crítica chicana es comprobar el recibimiento por parte de estudiosos internacionales, ya que si esa literatura sólo se analiza y discute entre críticos exclusivamente chicanos, su consumo es incestuoso. Sin embargo, podemos observar afortunadamente que va mucho más allá, que el interés de muchos países por la literatura chicana es creciente. Especial mención deben recibir Alemania, Francia y, más que nada, España, país que se encuentra entre la vanguardia crítica en lo que se refiere a los estudios chicanos, al igual que en el interés que existe por la literatura, una literatura que progresivamente va rompiendo estos círculos y barreras que han obstaculizado su desarrollo, según las exigencias de los tiempos actuales. Ahora es parte constituyente de la literatura internacional, como lo demuestra la inclusión de textos chicanos y latinos en la *Heath Anthology* y la *Norton Anthology*, además de la elaboración de antologías exclusivamente dedicadas a la literatura chicana. Esto es sin duda algo inaudito, lo cual pone de manifiesto que el impacto no es sólo nacional sino que el recibimiento internacional es más que reconocido.

J.F.E.: La siguiente pregunta haría referencia a esa dicotomía que siempre ha existido entre la literatura comprometida con cuestiones sociales, políticas y

culturales, y aquélla que responde a la idea del “art for art’s sake.” ¿Está la literatura chicana, como la de otras minorías étnicas, únicamente comprometida con cuestiones de esta índole, o, por el contrario, se puede apreciar un desarrollo formal y estilístico en sus autores más representativos?

F.A.L.: Creo que la dicotomía existe todavía en gran medida, y algunos la han acentuado debido a una particular agenda teórica o política. La gran diferencia que existe con respecto a la literatura chicana de los años 70 es que dicha categorización de un ‘dilema’ está mucho más diluida. No resulta tan obvio discernir entre aquellas obras que son comprometidas y obras que son exclusivamente formales. En los años 60 y 70, como la literatura era parte de un movimiento social, resulta evidente pensar que su función era primariamente social, o sea, utilitaria y comprometida. De una manera u otra, resultaba necesario difundir el tema de la posición del chican@ ante una sociedad que había impuesto una especie de terrorismo moral, donde al ciudadan@ chican@ no se le permitía una relativa movilidad social, donde se vivía bajo la constante presencia de estereotipos y estigmas, y una sociedad que habitualmente proyectaba una imagen del chican@ que estaba totalmente distorsionada. Es lógico, por lo tanto, que la literatura que se producía en ese período fuera más agresiva, confrontativa, incluso a veces propagandística con el fin de sacudir, limpiar, y replantear todas esas imágenes que, por lo general, eran muy negativas sobre personas de ascendencia mexicana con sus respectivas figuras nefastas caricaturescas. La literatura chicana, entonces, tuvo que proponerse, en su manifestación militante, el proyecto de recrear su propia antropología y sociología para desmentir el aparato racista de proyectar al mexicano como inferior.

Sin embargo, e incluso dentro de esta primera fase de literatura comprometida socialmente, se podían apreciar ya una serie de obras que son tremendamente sutiles, como por ejemplo, *Selecciones*, de Richard García y *Space Flutes & Barrio Paths* de Alex Kirack, que aparentemente no tienen nada que ver con lo político, salvo una pequeña sección *Selecciones* que dedica a Joaquín Murrieta, la primera figura chicana de resistencia inmediatamente después de la conquista norteamericana en California a mediados del siglo 19. Sin embargo, el resto de su poesía es curiosamente de tendencia surrealista. Por ello, si situamos este libro con los que tenían un cariz más combativo, como por ejemplo “... y no se lo tragó la tierra”, que no es tan combativo como en principio se creyó. No obstante, la publicación de un libro por parte de un autor de raza chicana, a la que se le suponía una incapacidad para leer o escribir, suponía ya un acto de connotaciones políticas. Ello explica que el libro de Tomás Rivera se tomó como una muestra de la habilidad del autor chicano para escribir con profundidad sobre los temas más variados, no sólo con una ambición política sino con el afán de crear un universo estético, de pulir

una expresión de gran sofisticación literaria, de manifestar una serie de sentimientos culturales y de representar a los chicanos en situaciones en los que mostraban toda su humanidad. A veces existen tendencias entre los medios de comunicación de crear una imagen estereotipada de los chicanos como militantes políticos y que la literatura era simplemente una extensión de estas reivindicaciones. Poetas como Alurista practicaban una literatura comprometida y de tintes políticos, pero ello no le hacía descuidar un aparato formal muy bien diseñado. Él pretendía, por ejemplo, que su poesía fuera oral, del pueblo y accesible para todo el mundo. Para Alurista su literatura no sólo debería ser leída sino también escuchada, por lo que trataba, a través de su poesía y su expresión, crear una especie de marco o contexto verbal por medio del cual los chicanos pudieran identificarse con un lenguaje que era propio y nuestro, puesto que, como bien se sabe, un lenguaje define a un pueblo. En esa época, escribir en las dos lenguas se veía como algo horrible y retrógrado, y que encasillaba a esa persona como si de un analfabeto se tratara. Alurista, sin embargo, poseía su don y talento para escribir de esa manera, y *Floricante en Aztlán* aparece como una obra de un gran contenido estético, mítico, lingüístico. Por ello, me atrevería a decir que en Alurista, muchas veces, lo estético predomina sobre lo social, aunque, por lo general, la gente sólo se limitaba a escuchar el mensaje social que estas obras contenían, olvidando lo puramente estético.

J.C.S.: Al hilo de la pregunta anterior, nos gustaría saber de qué manera se encuadraría la literatura chicana actual dentro de la corriente post-modernista.

F.A.L.: Esta pregunta no resulta demasiado fácil de contestar, porque la naturaleza del postmodernismo se asemeja bastante a la del mercurio o a la de un espejismo, que dan la imagen de poder ser aprehendidos pero que terminan diluyéndose. Sin embargo, la literatura chicana sí que tiene que ver mucho con el postmodernismo, y esto se puede comprobar en varios sentidos. Cuando se habla del postmodernismo 'tradicional' y lo chicano, se tiende a pensar que lo chicano, de algún modo, se injertó en el postmodernismo. Creo, sin embargo, que el proceso se produjo a la inversa, que fenómenos como la literatura chicana han contribuido al cauce de la creación filosófica del postmodernismo. Si no existieran literaturas como la chicana, o sea, expresiones de orden marginado o periférico, creo que el postmodernismo debería escribirse con una "p" minúscula, con lo que pasaría a ser una pequeña corriente dentro las literaturas, porque a comienzos del siglo XXI todos nos preguntamos que más nuevo puede ocurrir dentro de la literatura. Este es el típico problema que incluso los propios griegos ya se habían planteado. Este estado de ansiedad ha provocado una proliferación de términos y de conceptos que a veces chocan entre sí. La literatura chicana se ha alejado, hasta cierto punto, de esta vorágine ya que nuestra existencia como literatos y críticos chicanos

dentro de los EE.UU. se ha visto marcada por un afán de “supervivencia” dentro de todas estas lujosas teorías literarias. Sin embargo, como los chicanos reconocimos nuestra hibridación y mestizaje no sólo racial y lingüístico sino de otros muchos tipos; lo postmoderno, aún siendo un término mayor, tiene que ver con las diferentes culturas que se han presentado, donde las concepciones monolíticas ya no tienen la predominancia que anteriormente ostentaban, y donde los absolutos del siglo XX ya han desaparecido. Al reconocer esto, la realidad y los referentes son muy relativos, y por lo tanto, lo literario ya no corresponde exclusivamente a los grandes nombres, ya que la literatura es una expresión universal. De este modo, el pueblo chicano se ha impuesto a este ambiente filosófico-cultural de tanta confusión, ya que el pueblo chicano ha vivido dentro de este estado de confusión debido precisamente a ese estado de opresión, de negación. En este sentido, la literatura chicana ha traído aire fresco al panorama internacional, al proponer un sentido de hibridez, que es de sobra conocido por los ciudadanos chicanos a lo largo de sus vidas. Lo híbrido y lo fronterizo (en todo sentido) son, por lo tanto, a priori el estado más normal y habitual dentro del mundo contemporáneo, que es precisamente lo que ha vivido el mundo chicano, acostumbrado a ajustarse, acomodarse y adaptarse según las exigencias externas. Lo literario es un fiel reflejo de este proceso: a mi modo de entender, los chicanos hemos sido postmodernos incluso antes de que este movimiento surgiera o tuviera su nombre, ya que formamos parte de ese ambiente prolífico, polifónico, dialógico, diverso y pluralista. Esta ha sido nuestra realidad histórica. Me atrevería a decir que el ambiente chicano es “pre-postmodernista,” e incluso “proto-postmodernista” porque, como ya dije, ya era postmodernista antes que surgiera el propio movimiento.

J.F.E.: La siguiente pregunta pone en contacto el gran conocimiento que usted tiene de la literatura chicana con su amistad con un gran número de autores chicanos. Nos gustaría saber si estos escritores tienen un público determinado “en mente” hacia el cual dirigen sus obras y si tienden más a satisfacer las expectativas del lector chicano o del no-chicano.

F.A.L.: Al igual que la anterior, esta pregunta tiene una difícil respuesta, debido a la existencia de una gran variedad tanto de autores como de públicos, ya que, de por sí, un escritor puede tener un público determinado para una obra pero otro muy diferente para otra obra. Creo que no es fácil generalizar y decir que sólo existe un público. Sería necesario hacer un estudio para comprobar esta evaluación. A finales de los años sesenta y principio de los setenta, podemos decir que se trataba de un público que desconocía lo literario, y que carecía de conocimiento sobre lo cultural mexicano. Por lo tanto, la literatura trataba de llenar ese vacío, lo que explica que los autores intentaran ofrecer a ese

público imágenes sobre sí mismos a la vez que les recordaban que ellos mismos podían ser protagonistas. Este es, sin duda, el mayor efecto que tuvo el Teatro Campesino de Luis Valdez en el año 1965 al incluir a los propios campesinos como personajes dentro de obras teatrales, llamadas 'actos'. Ellos mismos se sorprendieron al descubrir su capacidad para ser protagonistas, lo cual se convirtió de inmediato en un acto revolucionario para la identidad, la psique y la intelectualidad orgánica de los campesinos mismos.

Ya en el año 1975, la literatura empezó a cambiar sustancialmente ya que, por aquel entonces, lo social no era tan urgente, es decir, la literatura empezó a remitir en los mensajes sociales que intentaban convencer al grueso de la sociedad que los chicanos no eran sólo trabajadores, sino que también podían hacer otras cosas y mostrar otros valores. Desde el año 1975, los escritores empiezan a fijarse en otro tipo de lector, que tenía curiosidad por conocer cuestiones que iban más allá de lo puramente chicano y que tenían conocimientos que se salían de lo chicano. Es una relación simbiótica muy interesante la del autor y el lector a lo largo de los setenta puesto que ambos se desafían para escaparse de ese cauce casi-estereotípico que habíamos creado para protegernos y liberarnos del mundo hostil norteamericano. Cuando hubo más libertad, y cayeron los estigmas de los estereotipos, podemos decir que 1975 fue el año clave en este proceso de liberación. Ya en los años ochenta, coincidiendo con la gran proliferación de autores y autoras chicanos/as, el tipo de público lector también se diversificó, incrementando a paso ligero en la medida que esta literatura empezaba a incursionar dentro del mainstream. Por ejemplo, la llegada de numerosas escritoras para mediados de los ochenta supuso la búsqueda de lectoras, de mujeres como consumidoras de la literatura. También surgieron nuevos temas; comenzó a utilizarse el inglés aun más, lo cual amplió el horizonte puesto que ya se empezó a incluir de manera masiva al lector norteamericano, a veces llegando a mercados pequeños de pueblos aislados. A mitad de la década, también comenzó a gestarse un enorme interés por comunicarse con un público extranjero. Parece, por tanto, que cada diez años ha habido un cambio muy radical e interesante. En el año 95, se mantiene ese gran interés por el público más internacional y los escritores, igual que las escritoras, disponen de mayor libertad de expresión. Autores como Sandra Cisneros, Ana Castillo, Rudolfo Anaya, Denise Chávez, Juan Felipe Herrera y Luis Rodríguez ejemplifican muy bien esa variedad, pues demuestran en sus obras su capacidad para comunicarse con una amplia gama de lectores; a veces es una persona de un pueblo, otras con críticos más especializados, y otras con un público más general. La literatura chicana es cada día más universal, aunque esto suene un poco a perogrullo, ya que esto antes era muy difícil de asumir, pero se puede confirmar plenamente, como lo demuestran los diversos congresos y actividades que se realizan en España alrededor de la literatura chicana.

J.C.S.: Hemos conocido que últimamente ha estado trabajando en la elaboración de una lista que recoge las cincuenta obras más destacadas de la literatura chicana. ¿Podría adelantarnos los parámetros seguidos para establecer dicha categorización?

F.A.L.: Aunque todavía se trata de un estudio preliminar, sí se pueden adelantar parámetros como la época en que surgió una determinada obra. En este sentido, me concentro fundamentalmente en las cincuenta obras más destacadas editadas a lo largo del siglo XX. Trato de fijarme también en los géneros, porque, como ustedes bien saben, los críticos literarios nos concentramos mucho más en aquellos géneros que más nos atraen, bien la novela, la poesía, el teatro, o el ensayo. Yo he tratado de presentar una clasificación más equilibrada, utilizando criterios no únicamente personales, sino acudiendo a criterios que pudieran recoger impresiones de otros críticos dentro y fuera de los Estados Unidos, como del mercado donde se producen. He tenido en cuenta, también el impacto que una obra determinada pudo haber tenido en términos cualitativos como cuantitativos. Así, ocurre el caso en se incluyen obras de un contenido literario relativamente escaso pero cuyo impacto ha sido notable, por lo que figuran dentro de las mejores cincuenta. El primer ejemplo que se me ocurre es *Pocho*, una obra cuyo nivel estético no es demasiado sofisticado, y carece de demasiados misterios, oscuridades o barroquismos, y cuenta una historia bastante sencilla y relativamente fácil de descifrar. En la lista que he confeccionado, *Pocho* ocupa el número veintidós. Literariamente hablando, esta novela figuraría en el número cuarenta y dos, pero su impacto ha sido tan grande y ha perdurado, y además surgió en un año tan difícil como el 59, cuando publicar una obra chicana era absolutamente inaudito, o sea, es importante reconocer que se adelantó al contener una mayoría de las temáticas presentes en la literatura producida durante un medio siglo después. Eso merece cierto reconocimiento por su mérito de perdurar cuando en su época existía un absoluto desierto con respecto a lo chicano. Por lo tanto, hay que reconocerle un valor histórico-literario enorme. En esta clasificación, trato de incorporar una multitud de juicios críticos, no sólo el mío, ya que no se trata de basarse única y exclusivamente en lo personal sino de crear una lista responsable y que se ajuste a criterios eminentemente críticos y de recepción comercial como la estética de las obras. La lista que he intentado formular sólo intenta proponer un mosaico general, aunque polémico, y representativo de todas las expresiones -algunas de ellas frecuentemente omitidas- que se han dado cabida a lo largo del devenir histórico de la literatura chicana.

J.C.S.: Al hilo de esta pregunta, ¿no se podría entender esta lista como una manera de canonizar la literatura chicana, de la misma manera que hicieran Bloom, Leavis o Henry Louis Gates Jr. en el contexto de la literatura afro-americana?

F.A.L.: A pesar de que el crítico puede caer en la tentación de, efectivamente, definir un canon literario, parece claro que se puede considerar como una de sus funciones. Lo único que se le puede pedir al crítico es que al formular este tipo de clasificaciones, lo haga de manera responsable y ecuaníme, y siempre basándose en criterios científicos razonables, o por lo menos una conglomeración de criterios para eliminar el prejuicio personal del gusto como lector. Creo que dispongo de varios parámetros que, de algún modo, controlan mi propia subjetividad, aunque el conocimiento amplio que tengo de la literatura me permite albergar una visión global para saber dónde ubicar una obra u otra. De esta manera surgen los cánones. En este sentido, pienso que cualquier crítico puede llegar a construir este tipo de lista, aunque yo trato de definir qué tipo de criterios se utilizaron para llegar a esta conclusión. No es, por lo tanto, una clasificación puramente subjetiva -como se pudiera pensar en un principio-, como por ejemplo demuestra el hecho de haber dejado fuera una obra tan relevante como *Caras viejas y vino nuevo* de Alejandro Morales, una obra que, a pesar de su enorme impacto, no fue lo suficientemente bien entendida por el público lector, a la vez que se incluyó a *Reto en el Paraíso* o *The Rag Doll Plagues*. A mí me ha interesado mucho la primera obra mencionada de Morales, pero reconozco que no tuvo el impacto que podría haber tenido pese a su calidad estética, cuyo valor no es apreciado todavía por muchos críticos. Entonces no podía ignorar el hecho de que a tanto lectores comunes como a especialistas les cuesta entenderla, aunque a mí me encanta. Claro, nos falta crear mecanismos para establecer cánones al estilo de Bloom, Leavis y Henry Louis Gates, y creo que todavía sigue el reto. Por difícil que sea, no lo considero imposible ni impertinente.

J.F.E.: **Nos gustaría que nos comentara si usted ha comunicado a la comunidad crítico-literaria chicana de la existencia de este proyecto. Si así ha sido, ¿cuál ha sido la reacción de esta comunidad tras conocer la elaboración de esta lista? ¿Ha recibido acusaciones de arbitrariedad o partidismo?**

F.A.L.: No es una lista que se haya difundido demasiado, solamente entre unos cuantos amigos como proyecto de elaboración, ya que hay que pulsar primero una serie de impresiones antes de divulgar los resultados al gran público. Yo mismo he tenido que hacer unos pequeños cambios, ya que trataba de compensar justamente en momentos en los que lo que estaba haciendo realmente era sobrecompensar. En cuanto a la segunda parte de la pregunta, sí que se ha insinuado que hay elementos de arbitrariedad y que es una lista que no tiene mucho sentido o coherencia, aunque aquí, lo único que se ha intentado es, desde el profundo conocimiento de la literatura chicana, ofrecer una herramienta para la discusión crítica sobre cuáles fueron las cincuenta mejores obras chicanas del siglo XX. No pretendo sólo dar mi lista de lecturas preferidas, sino más

bien evaluar críticamente con cierta objetividad para acudir a una serie de factores intrínsecos, sociológicos, políticos, de mercado y consumo, de recepción, visibilidad e impacto, importancia y relevancia literarias, y sobre todo su aportación e innovación. Al combinar todos estos factores en una especie de crisol de criterios literarios, pronto salen varias obras a la luz sin prejuizarlas.

J.C.S.: ¿Hasta qué punto los escritores chicanos comparten y se involucran en la realidad del pueblo chicano?

F.A.L.: Esta pregunta necesariamente tiene una premisa, ya que si una obra es del pueblo, parece lógico que sea un reflejo de ese pueblo, lo que es esencialmente imposible de conseguir. Hay que tener en cuenta las expectativas que albergan las editoriales tanto a nivel nacional como internacional. Por esa razón, los escritores ya no se centran en sus respectivas comunidades como lo hacían hasta los años setenta, momento en el que incluso se pensaba en crear comunidades a través del hecho literario. Es algo que hicieron autores como Tomás Rivera o Rolando Hinojosa, pero no Alejandro Morales, quien siempre prefirió crear un marco de historicidad para entender mejor la realidad de su pueblo desde el punto de vista histórico, en vez simplemente reflejar ese pueblo como lo hizo Rudolfo Anaya. Por otro lado, Cecile Pineda afirma que la comunidad se ha de buscar a través de la literatura, algo completamente diferente a los planteamientos que se proponían en los años setenta, lo que presupone la existencia de diferentes comunidades, lectores, autores y temas, por lo que ya no se podría hablar de la existencia de un compromiso ni de una sola comunidad con esas comunidades más reconocidas.

J.F.E.: Uno de los factores característicos de la existencia chicana en los Estados Unidos es la realidad dual en la que se encuentran inmersos, realidad que se refleja en la utilización del lenguaje (inglés, español o *Spanglish*). ¿A qué cree que se debe el empleo de una u otra lengua? ¿Hay cuestiones emocionales que subyacen a la utilización del español, o cuestiones profesionales para el inglés?

F.A.L.: Existen varias motivaciones puesto que hay varios propósitos para la utilización de un idioma personal-privado y otro público-social, aunque entre los ciudadanos chicanos no es fácil discernir cuál es público y cuál privado. Por una parte, hay comunidades que son monolingües en español y otras sólo en inglés. Críticos como Juan Bruce-Novoa, y yo mismo, han hablado del *interlingüismo*, que queda muy bien reflejado por el término *Spanglish*. Dependiendo del contexto o de las emociones, hay momentos en los que se opta por el inglés y otras por el español. Por ejemplo, en

cuestiones académicas o deportivas, tendemos a hablar más en inglés, y, sin embargo, las cuestiones familiares suelen ser debatidas en español. No hay una manera paradigmática de efectuar esta mezcla, hay tantos lenguajes como hablantes. Aunque pueda sonar como algo anárquico o caótico, esta mezclanza (o libertad absoluta en la expresión) siempre ha buscado desafiar el “linguistic standardization” tan propio de las sociedades actuales. Después de los años sesenta, y gracias sobre todo a la contribución de escritores como Alurista, Ricardo Sánchez y después Juan Felipe Herrera, ha habido una creciente aceptación de este lenguaje en el que podemos combinar códigos más libremente sin que se tenga que ver con tanto recelo como antes. No se trata por tanto de ser excluyentes sino más expresivos, más bien, incluyentes. Es decir, expresarse en lo que llaman “code-switching”, primero, refleja una realidad social de grupos étnicos y, segundo, significa que se busca crear un nuevo público, el bilingüe que ha quedado fuera de consideración. El Spanglish tiene su función social ya que permite la expresión de un sector malabarista que maneja varios códigos a la vez sin restricciones gramaticales o semánticas.

J.F.E.: Al hilo de esta cuestión, ¿cree que el uso del español esconde alguna intención reivindicativa por parte del hablante chican@?

F.A.L.: A veces sí, y eso se vio perfectamente en la literatura producida en los años sesenta con escritores como Miguel Méndez, Tomás Rivera, Sergio Elizondo, Alejandro Morales y Margarita Cota-Cárdenas. Poco después, algunos de los escritores reconocieron la dificultad de sostener tal postura cuando el lector masiva no salía a comprar sus obras y es cuando empezaron a reconsiderar el cambio al inglés, como ocurrió en parte con Alejandro Morales y Margarita Cota-Cárdenas, sobre todo cuando ellos empezaron a experimentar con obras bilingües. En la actualidad, se ve cada vez menos el español en la literatura chicana, debido en parte a las exigencias editoriales y las presiones por el mayor consumo. No obstante, hay ocasiones en las que el uso del español no tiene una intención reivindicativa en particular, sino que puede responder también a la costumbre o hábito que pueda tener el escritor. Si lo encajamos dentro una política lingüística-social, sí podríamos decir que en efecto existe una especie de reivindicación para que se recuerde que el español existe y se usa dentro de la sociedad monolingüe norteamericana. Por lo tanto, tiene varios propósitos: reivindicativo, disfrutar de la utilización de ese lenguaje y, obviamente, sacar el mayor partido lingüístico a la realidad dual en la que vive la comunidad chicana.

J.C.S.: Pese a que se reconoce la realidad dual del pueblo chicano, los distintos órganos de gobierno estadounidenses promulgan la práctica de “English-Only”, situación que incluso ha llegado al Congreso. ¿Cuál es la perspectiva que desde la

academia se tiene de esta situación y cómo ha tratado la academia de mantener el español como idioma dentro de la comunidad chicana?

F.A.L.: Muchas veces, la academia poco o nada tiene que ver con los gobiernos, porque intervienen factores como las votaciones o el hecho de conseguir un consenso. Por ejemplo, California ha votado por el inglés como el idioma oficial y como requisito, aunque a nivel nacional no se haya hecho, ya que se asume por parte del Congreso norteamericano que el inglés es obviamente el idioma nacional. La cuestión central es que el idioma se vive diariamente y existe por sí mismo y ha tenido que sobrevivir a lo largo de la historia, por lo que ningún reglamento legal lo puede controlar o delimitar. Incluso esa política de “English-Only” demostró que, en ciertos contextos, el uso del español se podía regular, pero, en la mayoría de los casos, era una realidad completamente incontenible. Se ha visto, por lo tanto, como una ley muy poco eficaz y sólo simbólica, como un recordatorio para los nuevos inmigrantes que el inglés es el único idioma en los Estados Unidos. Sin embargo, es casi imposible ejecutar esta ley por completo, ya que “lo oficial” intenta imponer ciertas cosas, pero “lo no oficial” siempre lo rebate. A pesar de que estos intentos por denostar el español han producido cierto resquemor entre la comunidad hispano-hablante, lo cierto es que no ha tenido el efecto deseado. La comunidad chicana es muy sensible a que quieran callar o silenciar su otra voz en español aunque no seamos perfectamente bilingües. Tales intentos nos acosan nuestra identidad por fluctuante o indefinida que sea. No aceptamos esos achaques fácilmente; al contrario, nos aferramos más en nuestra tradiciones y el poco español que manejemos porque reconocemos que es una parte central de nuestra etnia y nuestro pasado. Eso no lo sacrificamos ligeramente.

J.F.E.: **Uno de los signos más representativos de la comunidad chicana es el barrio. ¿Es el barrio un símbolo de resistencia ante las presiones del mundo anglo-norteamericano o simplemente un reducto en el que el chicano busca proteger y potenciar las tradiciones de su pueblo?**

F.A.L.: Con el barrio sucede algo parecido al idioma, y si situación sigue siendo complicada. No parece que sea un elemento de resistencia, sino que es, a veces, el último recurso de mucha gente, también un depósito de personas que no han podido integrarse en el mundo norteamericano. Los barrios funcionan con frecuencia como islas urbanas donde la gente tiene que ingeniarse la supervivencia como pueda. A veces se percibe como “wasteland” social, pero para la gente dentro del barrio a veces es su única manera de retener y rescatar sus tradiciones. Lo lamentable es que ocurre en forma aislada. Por lo general, es un lugar con escasez de recursos y servicios, con una tasa de criminalidad

más elevada, con considerables problemas sociales y de pobreza. Es una realidad muy descarnada que las altas instancias gubernamentales prefieren no reconocer. Nosotros los chicanos lo vemos como un lugar en el que hemos sobrevivido, que, en algún momento, representa nuestra comunidad, pero de la que, paradójicamente, nos queremos escapar, ya que hace recordar la tremenda opresión social vivida por este pueblo. Yo veo el barrio como algo que he podido superar pero que todavía traigo por dentro (uno se puede salir del barrio pero el barrio nunca se nos quita), aunque también con cierta nostalgia, incluso con una cierta tendencia a romantizarlo. Pudiera verse como un lugar de resistencia si se concibiera como una forma de segregación de lo norteamericano, pero no ha sido voluntario sino totalmente impuesto. Dicho de otra manera: el barrio puede ser nuestro mejor amigo (como comunidad y refugio) pero también como nuestro peor elemento (como ámbito de violencia, mayor disfunción familiar y donde existe mucha auto-destrucción). Tiene un potencial de resistencia, pero lamentablemente nuestra comunidad ha sido tan sufrida por su pobreza y problemas sociales que el barrio no siempre se usa como punto de concientización, con la excepción de escritores como Alejandro Morales o Luis Rodríguez. El barrio, para muchos, es atrapador, un imán, que provoca el auto-consumo y que a veces llega al grado de canibalismo social donde grupos pandilleros, trágicamente, se matan entre sí. La literatura chicana trata de mostrarnos una salida pero los participantes de ese mundo cerrado y cegador no permite fácilmente que podamos comparar el mundo dentro y fuera del barrio y por eso se puede decir que “se los traga el barrio”. No obstante, el barrio es un espacio literario único creado por chicanos que tiene resonancia en un mundo globalizado donde una red de fuerzas sociales y económicas se entrelazan, creando así un cuadro de elementos interrelacionadas. El barrio es la conciencia de la pobreza urbana donde problemas sociales adquieren profanidad gracias a las contradicciones de un sistema económico que no es receptivo a integrar a esta gente.

J.C.S.: Personalmente, he considerado el barrio como el mejor exponente del proceso de colonización interna al que la gran mayoría de los chicanos están sometidos. Sin embargo, la teoría de la colonia interna está siendo reelaborada por críticos como Luis Leal, quien habla de una *colonia porosa* como la mejor manera de denominar la realidad chicana en los Estados Unidos. ¿Hasta qué punto son capaces los chicanos de trascender la colonia y asentarse en la sociedad blanca mayoritaria y qué precio tienen qué pagar por esa asimilación?

F.A.L.: Podríamos decir que vivimos en una colonia interna, aunque la mejor definición la ha dado Luis Leal con el término de “colonia porosa”. Es un ente muy

fluido, aunque algunos hemos podido cruzar esas fronteras. Y hablo de fronteras, ya que la colonia interna implica la existencia de muchas fronteras: físicas, simbólicas, lingüísticas, psicológicas o sociales. La colonia dentro de la que vivimos se maneja de maneras muy variopintas, dependiendo de la persona, de la clase social en la que se viva o de la educación que se haya recibido. Algunos se quedan en un estado de colonia interna para siempre y lo aplican a su familia. Otros logran cambiar el estatus social y conseguir mejor nivel de vida. Algunos nunca sienten los tentáculos de una colonia porque viven con la ilusión del sueño norteamericano. No se puede decir, por lo tanto, que todo el pueblo chicano comparte las mismas condiciones. Lo que sí se puede decir es que hay un sector del pueblo chicano que vive en un estado inferior desde un punto de vista social y económico, lo cual no se corresponde necesariamente ni a una colonia interna o porosa, sino que se complica con temas relacionados con la inmigración o la creación de estereotipos o estigmas. No es fácil, por lo tanto, categorizar los parámetros a los que pertenecerían unos u otros, ya que nuestra gente se moviliza en diferentes direcciones y formas. Otro factor es que nuestra comunidad ha progresado en cuanto a movilidad social en las últimas décadas, algo que no se tenía en los años sesenta y setenta. Por eso, la ‘colonia interna’ sigue como concepto intelectual de chicanos cuando reconocieron que nuestro estatus social era de índice paupérrimo, pero esto ha cambiado considerablemente. Hoy se habla mucho más de fronteras que de colonias porque los obstáculos o barreras van cambiando substancialmente en su forma pero ya carecemos de esa homogeneidad que teníamos antes cuando estábamos marginados en barrios, colonias urbanas o sectores rurales. Nuestra comunidad ahora se encuentra en todas formas y lugares de este país y así hemos logrado, poco a poco, a derrumbar una sola colonia. Cargamos las fronteras con nosotros mismos, pero no nos dejamos fácilmente engañar por las barreras impenetrables de la colonización de antes. Hemos socavado los tentáculos de dicha situación mediante nuestra versatilidad y capacidad de adaptarnos a cualquier ambiente por limitador que sea.

J.F.E.: Como bien sabe, Estados Unidos puede ser considerado un crisol de razas. ¿Cuál es la relación de la comunidad chicana con el resto de minorías étnicas? ¿Cree que todas ellas comparten los mismos objetivos y aspiraciones, o si, por el contrario, se pueden percibir disputas internas entre estos grupos?

F.A.L.: Ideológica e idealmente, nos gustaría poder decir que nuestra gente tiene una relación estrecha con estos grupos, aunque la realidad demuestra lo contrario. Existen tensiones y pugnas que desembocan en problemas realmente considerables que no permiten que se consiga una cierta armonía social. Lo que a veces les ayuda es la separación, ya que cuando están juntos la situación es realmente muy conflictiva. El

caso de Los Ángeles, en el que conviven grupos de afro-americanos, latinos, o asiáticos, es un buen ejemplo para demostrar estas dificultades en la convivencia. Deberíamos haber superado muchos problemas sociales, pero es que se reciclan y la historia se repite. El problema actual es que la discriminación, que bien pudiéramos llamar *apartheid*, es mucho más diluida que hace unos años, en los que era mucho más visible. Actualmente, la sociedad es mucho más fluida, como se demuestra por ejemplo, en el alto número de matrimonios entre miembros de la comunidad chicana y angloamericana, o blanca y negra. En el caso particular de los chicanos, es un pueblo que no se cierra a la integración, sino que acepta a otras gentes con relativa facilidad, y no así como otros grupos, a quienes se les ha impedido integrarse de la misma manera. Las barreras funcionan de manera distinta dependiendo de la minoría étnica: así, por ejemplo, el afro-americano experimenta muchísimas más dificultades que el asiático-americano para encontrar su sitio dentro de la sociedad angloamericana. Como latinos quisiéramos ser ejemplos de la convivencia armónica pero la verdad es que existe mucha competencia desde los estratos sociales más bajos y eso produce tensión. No obstante, considero que el latino tiene más potencial para un futuro esperanzador con respecto a las relaciones inter-étnicas en EE.UU., pero es que otros tendrían que seguir nuestro ejemplo y creo que esa oportunidad se está malgastando.

J.C.S.: Tradicionalmente, la política del grupo dominante ha estado basada en la idea del “divide y vencerás”, no sólo creando enemistad entre las minorías sino, incluso, dentro las propias minorías. Tras el Movimiento, ¿sigue el pueblo chicano tan fuertemente unido como en los años sesenta?

F.A.L.: Es difícil dar una respuesta nítida a esta pregunta ya que no existe un solo pueblo chicano, aunque muchos compartíamos esa fantasía en los setenta con términos como “chicanismo” y “carnalismo”. Antes había un espíritu de cooperación. Creo que no existe tanta solidaridad como imperaba en los años sesenta, donde, gracias al Movimiento, se creó un espíritu de solidaridad y colaboración que empujó al pueblo chicano a trabajar conjuntamente. Yo mismo llegué a palpar ese ambiente, aunque sólo en ciertos círculos, ya que desde otros se acusaba al Movimiento chicano de ser un foco de comunismo o terrorismo y de promover entre la juventud ideas descabelladas e irresponsables. No se entendía que se trataba de un movimiento por los derechos civiles, ya que mucha gente conocía la realidad en la que vivía y no deseaba remover más esas aguas. Si comparamos el momento actual con esos años, podemos decir que, por una parte, hay menos solidaridad, pero, por otro, somos más conscientes de las estrategias utilizadas por el poder establecido. Es por ello que ahora tenemos más claro cuándo juntarnos para defender un propósito común, por lo que es más fácil crear una base de

apoyo, ya que en el pasado era un grupo mucho más reducido, cuya actividad social se centraba en marchas o manifestaciones.

Hoy en día se puede encauzar esta unión a través de otros medios como el poder económico o a través del voto. Sin embargo, se puede dar la impresión de que, como el grupo es tan numeroso en la actualidad, que este sentimiento de unión se ha perdido, lo cual no es totalmente cierto. Sí que es cierto que puede haber ciertas disensiones entre los ciudadanos chicanos que llevan más tiempo como residentes en los Estados Unidos y los inmigrantes recién llegados. El ejemplo más claro se produjo en la votación a favor o en contra del “English-only”, en la que, curiosamente, la gran mayoría de los latinos votó a favor, lo que para mí es totalmente absurdo y misterioso. De alguna manera socavaron su poderío político. Creo que muchas de nuestras comunidades votaron a favor pensando que así podrían comprobar a la sociedad mainstream su deseo de asimilarse, sin entender en términos políticos lo que eso representaba en las urnas a largo plazo. O sea, en vez de aprovecharse de una gran oportunidad para proyectar un mensaje de contenido político, optaron por la conveniencia del momento. Así, muchos sacrificaron su verdadero sentimiento para demostrarle a una sociedad mayor que como latinos no buscan la segregación social y cultural, sino más bien la integración. Existe, entonces, una gran contradicción debido a una ingenuidad política con el fin de llegar a ser aceptados. El resultado ha sido una verdadera farsa porque los latinos en general no ignoran la importancia que tiene el español en sus vidas, pero muchos quieren dar la impresión de no querer incomodar al sector social monolingüe que usa el inglés como arma de doble filo para un patriotismo hueco y como látigo contra los ‘inasimilables’. Pese a nuestras muchas diferencias como comunidad de procedencias variadas, creo que todavía existe la posibilidad de crear mayor solidaridad debido a nuestros números y, sobre todo, si reconocemos nuestros puntos de contacto en común. Yo presiento más y más que puede haber una conciencia social que va a tener repercusiones en el campo político, educativo y social, y la literatura es uno de los medios más eficaces de llevar la batuta.